

A través de un ventanuco

Desperté y me encontraba sola. Ni mis padres, ni el plasta de mi hermano. Ayer me estuve peleando con él porque se encerró en mi habitación y me dijo que se quedaría allí para siempre. Pero ahora no estaba. ¿Dónde podrían haber ido?, me pregunté.

Aquella noche, mi hermano había estado tosiendo. Quizá mis padres lo habían llevado al médico. Ahora cualquiera que tose o se encuentra mal puede tener COVID. Mis amigas dicen que es un invento de los profesores para mandar más tarea, pero yo no estoy tan segura...

De pronto sonó el timbre. Hacía frío y era de madrugada. ¿Quién podía ser sino mis padres? Bajé con cuidado las oscuras y sinuosas escaleras de mi casa hasta llegar a la puerta. Mis padres me han dicho un millón de veces que no abra la puerta a extraños. Así que me subí a una silla y miré por la mirilla de la puerta. Al principio solo distinguí la silueta de una mujer delgada, alta y que llamaba impaciente a la puerta, pero cuando me fijé más descubrí que era mi abuela (ahora es difícil reconocer a la gente cuando lleva mascarilla). Así pues, abrí la puerta.

-¿No te han dicho tus padres que no abras la puerta a nadie?- me reprochó.

-He mirado- le respondí con cierto tono de arrogancia.

-¿Qué haces aquí?, ¿sabes dónde están mis padres y mi hermano?, ¿cuánto tiempo tardarán en volver?

Se mantuvo pensativa unos segundos y finalmente dijo:

-Coge un abrigo y unos zapatos, da igual que lleves el pijama puesto, te espero en el coche.

Confundida volví a subir las escaleras y me dispuse a obedecer.

Una vez ya en el coche me percaté de que no íbamos a casa de mi abuela.

Finalmente pregunté.

-¿A dónde vamos?

-No puedes ser más impertinente, ¿verdad?

-Quiero saber a dónde vamos - respondí casi haciendo un puchero.

-Vamos a hacer un recado y tú te quedarás en el coche, si me haces el favor.

No quise insistir. Tampoco buscaba enfadar a mi abuela, así que me limité a mirar por la ventanilla desde el asiento trasero con el ceño fruncido.

De pronto paró en un aparcamiento. Los cristales del coche estaban empañados de forma que el exterior se veía borroso, pero de todos modos había perdido todo el interés por saber dónde estábamos. Antes de irse, me recalcó que no me moviera de allí y cerró la puerta.

Tenía sueño, hambre, estaba incómoda y me aburría como una ostra. Una situación idílica, desde luego. Además soy muy impaciente, lo que incitó finalmente que mirase por la ventanilla. Me encontraba en el hospital. Había estado pocas veces en aquel lugar, lo cual hizo que mi curiosidad comenzara a crecer hasta que, finalmente, haciendo caso omiso de las palabras de mi abuela, abrí la puerta y me dirigí hacia la entrada.

Solo tengo diez años, soy pequeñita, lo que ayuda a que la gente no se fije en mí o me mire con desgana y vuelva a sus asuntos. Pasé por debajo de enfermeras, doctores y familiares de ingresados hasta que, entre el escándalo que había ahí dentro, reconocí el agudo timbre de mi madre. Guiándome por mi oído, seguí su sonido hasta llegar a la unidad de cuidados intensivos. Allí vi a mis padres y mi abuela hablando con un doctor de bata blanca. Aparentaban estar tan afligidos y preocupados que no se percataron de mi presencia. Con cuidado, me acerqué hasta un ventanuco situado en la pared de uno de los cubículos donde se hallan los enfermos, y cuál fue mi sorpresa al comprobar que era mi hermano el que se encontraba en esa camilla, debatiéndose entre la vida y la muerte. Me quedé atónita. Los ojos se me empañaron de lágrimas. Nadie puede imaginar lo que fue para mí verlo ahí, como dormido, sin poder entrar a abrazarlo y decirle lo mucho que en realidad le quiero, diga lo que diga cuando me enfado con él.

Y en ese momento fue cuando caí en la cuenta de que quizás nunca podría volver a decirle “te quiero”.

En ese instante no pude hacer otra cosa que llorar, llorar como nunca lo había hecho, llorar por el amor fraternal que le profesaba. Entonces y menos mal, mi madre vio cómo no podía apartar la mirada de ese ventanuco y lo hizo ella por mí. Me obligó a retirar la vista y en una silla de la sala de espera me meció hasta que me dormí.

Las siguientes semanas fueron muy duras. Tuve que aprender a agarrarme a la esperanza, ansiando que volviese pronto... todas las mañanas le hacía un dibujo y se lo llevaba con mi abuela al hospital, para colgarlo en aquel ventanuco para que el día que despertase, lo primero que pensase fuera que yo me había acordado de él, que había rezado para que estuviese bien y que por encima de todo le quería mucho. Así que el día que volvió a casa fue uno de los días más felices de mi vida y por fin entendí que no valoras lo que tienes hasta que estás a punto de perderlo. Te quiero, Hugo.